

sido la palanca mas poderosa para la aproximacion de los pueblos. Los comerciantes extranjeros, entre los cuales no ocupaban los alemanes el último lugar, constituían un elemento cada dia mas importante en las ciudades rusas y muy especialmente en el «arrabal aleman» de Moscou; tropas extranjeras mercenarias desempeñaban un papel principal en las guerras rusas, y en la segunda mitad del siglo XVII, una gran parte del cuerpo de oficiales del ejército ruso se componía de extranjeros. El segundo Romanoff, Alejo Mikaelowicz, acarició ya el plan de reformar la organizacion militar de su Imperio segun el modelo europeo, habiéndose traducido en 1649 al ruso una instruccion alemana para el servicio de la infantería.

Mas, á pesar de todas estas tentativas de aproximacion, el Estado y el pueblo rusos seguian formando una sociedad completamente extraña al Occidente europeo. Existe una literatura completa de narraciones de viajes y descripciones de Rusia escritas por autores occidentales, desde los *Comentarios moscovitas* de Siegmund de Herberstein (1549) hasta el jesuita Possevino y el excelente Adan Olearius (1646); pero en medio del interés que consagraban á aquellas cosas extranjeras sobresale siempre la idea fundamental de que se trata de un pueblo inferior y atrasado: «Si consideramos á los rusos, escribe Olearius, desde el punto de vista de sus sentimientos, de sus costumbres y de su vida, tendremos que colocarlos equitativamente entre los bárbaros (1).» Este calificativo se reproduce en casi todas las descripciones; así leemos en una relacion geográfica alemana algo posterior: «Aun cuando es evidente que desde hace cien años, es decir, desde que han trabado íntimo conocimiento con nosotros los occidentales, se han vuelto notablemente, casi la mitad mas civilizados de lo que antes eran, todavía son un pueblo inculto, grosero y rudo (2).» Los rusos pagaban á los extranjeros este menoscabo con toda la arrogancia que su modo de ser y su origen les inspiraban, tolerando á las laboriosas abejas extranjeras y mirándolas con aire de superioridad. En el fondo unos y otros se despreciaban mutuamente como bárbaros y como herejes. El mismo Pedro el Grande, en el primer viaje que para ilustrarse hizo á Europa, fué considerado en todos los elevados círculos sociales que frecuentó como una aparicion asombrosa de un mundo extraño, como un asiático muy interesante, pero en algunas ocasiones inaguantable, á quien se miraba como una curiosidad procedente de remotos países sin permitirle que se tuviera por igual á ellos.

Desde muy antiguo esforzábanse los grandes duques rusos por extender su soberanía á los territorios del Báltico y por sentar su planta en las costas de este mar, pero sus tentativas en este sentido habian sido siempre rechazadas por Polonia y por Suecia. Esta política era tradicional entre los czares de la dinastía Romanoff que siempre tendian su mano hácia Livonia, Estonia, Ingermania y Carelia; pero el primero de ellos, Miguel, hubo de firmar en 1617 con Gustavo Adolfo de Suecia la paz de Stolbowa que afirmó para mucho tiempo el carácter de territorio interior y cerrado del Imperio moscovita; y cuando algunos años despues su hijo Alejo, de cuyas campañas guerreras hemos hablado en otra ocasion (3), quiso nuevamente intentar aquella empresa, no pudo conseguir su intento y la paz de Kardis (1661) confirmó una vez mas que Suecia continuaba poseyendo la facultad de no consentir ningun competidor en el *dominium maris Baltici*. A la sazón, cerca de cuarenta años despues, se reprodujo la tentativa cuyas

(1) *Narracion de viajes moscovitas y persas*, por Olearius, pág. 184.  
(2) *Descripcion corta y nueva del tiempo, del territorio, del Estado y de la Iglesia moscovitas* (Nuremberg, 1687), pág. 241.  
(3) Véase págs. 92 y 118.

consecuencias fueron la transformacion del sistema de Estados del Norte.

El trato personal de los dos soberanos fué, segun parece, lo que dió el impulso á la coalicion ruso-polaca de 1669, pero en el fondo tambien aquí se adivina la iniciativa moral de Patkul. Hacia poco que Pedro el Grande habia regresado de su primer viaje instructivo á Europa, durante el cual habia celebrado en Rawa, á fines de julio de 1668, con el rey Augusto de Polonia una entrevista en la que ambos príncipes se trataron íntimamente y se comunicaron probablemente sus respectivos pensamientos que por ambas partes cayeron en terreno fértil. Mas todavía no habia terminado la guerra turca, y antes de que por este lado se vislumbrara la paz firmó Pedro el Grande en Moscou, en 11 (21) de noviembre de 1699, su alianza guerrera con Augusto de Polonia contra Suecia. Entre Rusia y Dinamarca existía desde junio de 1688 una alianza defensiva. Acordóse en aquel convenio proceder con el mas absoluto secreto y comenzar en la primavera de 1700, y sin negociaciones preliminares con Suecia, la guerra en las provincias del Báltico, ó lo que era lo mismo, caer por sorpresa y de una manera desleal sobre Suecia con la cual se mantenian públicamente las mejores relaciones. Al mismo tiempo, el rey de Dinamarca debia inutilizar en Holstein á Federico de Gottorp, protegido y aliado de Suecia.

Así se formó esta coalicion que no era sino una liga para robar á un Estado que habia traspasado sus antiguas fronteras naturales, despertando con ello el odio y la envidia de sus vecinos é impulsando á estos á violar la paz contra todo derecho de gentes. Esta liga trae á la memoria la de Cambray organizada á principios del siglo XVI contra la república de Venecia.

Sin embargo, faltó en la coalicion desde un principio uno de los mas importantes elementos primordiales para un éxito rápido y eficaz, á saber: la conexión bien meditada de los distintos movimientos de ataque que se realizaron en cada uno de los diversos sitios con una superioridad de fuerzas verdaderamente abrumadora.

La coalicion hubiera debido buscar para sí la ventaja del terror y de la falta momentánea de resistencia.

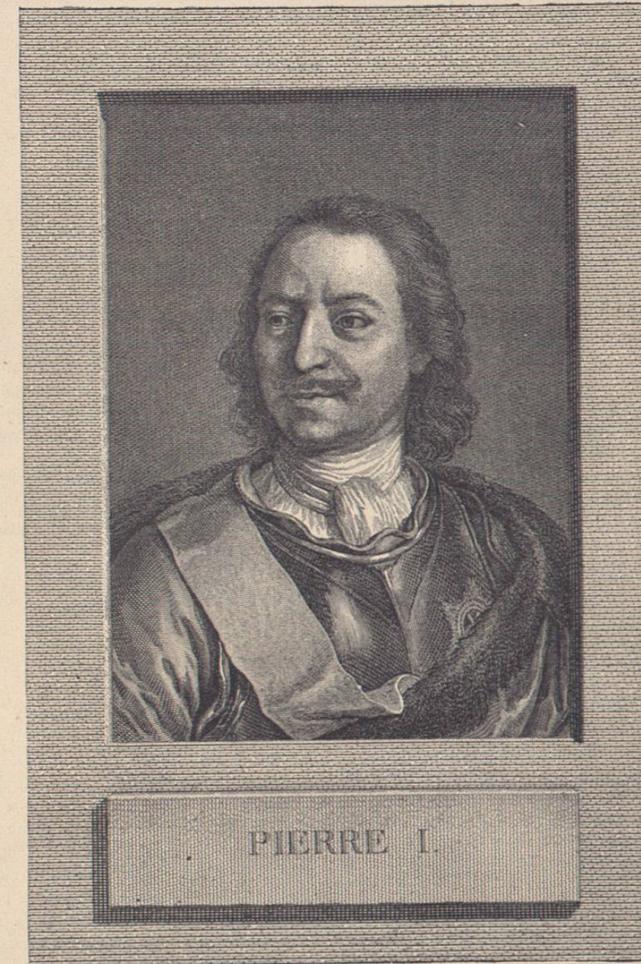
Pero en vez de obrar así los coligados hicieron todo lo contrario: cada uno luchó como mejor le pareció y uno y otro fueron aisladamente derrotados.

Comenzaron las hostilidades penetrando en febrero de 1700 en Livonia las tropas sajonas á las órdenes del conde Flemming, pero el golpe de mano intentado contra Riga fracasó y Patkul vió que habia incurrido en el error en que generalmente incurren todos los emigrados, el de exagerar la fuerza y la lealtad de sus relaciones secretas en el país. El pueblo y la nobleza no se levantaron contra la soberanía de Suecia, pues nadie tenia confianza en aquella invasion sajona, realizada con recursos insuficientes y en la cual no habia tomado parte el ejército polaco. El conde Flemming se apoderó de Dunamunde, pero despues paralizóse el ataque á las dos semanas de haber empezado.

Por aquel mismo tiempo (marzo de 1700) entró en campaña el rey de Dinamarca contra el duque de Gottorp, cuyas plazas fuertes Schleswig, Husum y otras fueron rápidamente conquistadas: únicamente opuso resistencia á los invasores la ciudad de Tonningen, adonde se habia retirado el duque con el grueso de su ejército y algunas tropas suecas que le habia enviado su cuñado Carlos XII. El de Gottorp no hubiera podido resistir por sí solo mucho tiempo; pero muy pronto se alzaron en su favor aliados dispuestos á prestarle auxilio: los duques de Brunswick se declararon contrarios á la violacion de la paz cometida por los dinamarqueses, y

además de enviar auxilios al duque rechazaron al cuerpo auxiliar sajón que debia unirse á los dinamarqueses, una escuadra anglo-holandesa se presentó en el Sund y á poco juntóse á ella la escuadra sueca, y á fines de julio el joven rey de Suecia, Carlos XII, desembarcó en Zelanda y amenazó á Copenhague.

El rey Federico encontróse enfrente de fuerzas muy superiores á las cuales él solo no podia resistir, y sus aliados los rusos y los polaco-sajones no le enviaban el menor socorro. Cuando las escuadras reunidas echaron anclas delante de Copenhague y comenzaron á bombardear esta ciudad (en 18 de agosto de 1700) habíase firmado la paz de Travendal en



Pedro el Grande de Rusia

Facsimile reducido del grabado (1784) de P. G. Langlois, tomado del cuadro al óleo (1716) de L. Caravaque

la cual Dinamarca habia tenido que renunciar á todas sus reclamaciones contra el duque de Gottorp y reconocer de nuevo la plena soberanía de éste. Fuera de estas condiciones no se le impuso mas que la de renunciar á sus alianzas dirigidas contra Suecia.

Así terminó rápidamente esta guerra dinamarquesa que casi no tuvo mas desarrollo que un episodio local. La paz habia sido conseguida, acaso mas que por la pronta y decisiva intervencion de Carlos XII, por la actitud enérgica de las dos potencias marítimas cuyos intereses exigian la tranquilidad en el Norte y que en lo sucesivo supieron con su vigilancia refrenar los impulsos belicosos de la corte dinamarquesa.

Augusto de Polonia, que intentaba entonces abrir en Livonia nuevos horizontes á su fortuna militar, atravesó el Duna con numerosas tropas de refuerzo que habia recibido de Sajonia y á las cuales habíanse agregado algunas fuerzas auxiliares polacas y lituanias, á pesar de que la dieta de Polonia continuaba oponiéndose á la guerra, y puso sitio á Riga; mas fracasó en su empresa por estar la ciudad perfectamente apercebida á la resistencia, y en cuanto tuvo noticia del desembarco de los suecos en Zelanda y de la paz de Travendal que poco despues se firmó, levantó inmediatamente el cerco. Rudo fué el golpe que él y su protegido Patkul recibieron cuando en julio de 1700 la mayor parte de la no-

bleza livonia, desconfiando del éxito de sus esfuerzos, renovó solemnemente su voto de inquebrantable adhesión al rey de Suecia y negó que entre ella y el traidor Patkul existiera relación alguna. De suerte que el agitador livonio, abandonado y proscrito por los suyos, no pudo ya contar con la defección y el apoyo de Livonia.

Dos de los enemigos conjurados para perder á Suecia habían, pues, demostrado sus pocas fuerzas para luchar contra esta potencia, y apenas probado este hecho ocurrió otro del cual pudo sacarse la misma consecuencia para un tercer adversario.

El czar Pedro aplazaba cada vez mas el comienzo de la lucha, con gran disgusto de sus aliados polaco-sajones. Sabedor á principios de agosto de 1700 de que se había firmado la paz con los turcos, paz que le ponía en posesión de Azof y de la entrada del Mediterráneo y que á los diez años había de perder de nuevo, arrancóse la máscara y se presentó tal cual era ante Suecia á la que hasta entonces había colmado de protestas y seguridades de paz. Parecióle que había llegado el momento oportuno de avanzar con todas sus fuerzas hacia el otro lado del Báltico: las costas del mar Negro estaban conquistadas, pero delante de las del Báltico subsistía aun la barrera de la dominación sueca que él se proponía destruir á toda costa.

Pero el monarca ruso comenzó en malhora su campaña: cuando en setiembre avanzó sobre Estonia y puso sitio á la fortaleza fronteriza de Narwa, habíase firmado ya la paz de Travendal y levantado el sitio de Riga, de modo que Carlos XII podía dedicar todas sus fuerzas á combatir al czar que era el último de sus enemigos que le quedaba por derrotar.

No hemos de entrar en los detalles de las campañas sueco-rusa y sueco-polaca que nos llevarían demasiado lejos. En 20 de noviembre de 1700 dióse la batalla de Narwa. Carlos XII, al frente de 8,000 soldados suecos escogidos, atrevióse á atacar á los rusos que contaban con fuerzas quíntuples de las suecas, aunque indisciplinadas y mal dirigidas, causándoles una humillante derrota. Pedro de Rusia quedaba, pues, inutilizado y la victoria sobre él conseguida produjo en toda Europa una impresión extraordinaria. La Suecia, bajo la dirección de un monarca joven que á su heroico valor personal unía los instintos innatos de general peritísimo, había demostrado á los tres aliados del Norte con la fuerza de sus armas la inviolabilidad de las fronteras de su imperio: el proyecto de transformar á costa de Suecia el sistema de los Estados europeos del Norte había fracasado por completo.

Nadie podía entonces suponer que la batalla de Narwa había de reportar, andando el tiempo, mayores ventajas al vencedor; y sin embargo, así fué: la derrota fué para Pedro el Grande causa de aquella admirable y rápida reorganización del ejército ruso llevada á cabo en los años siguientes y realizada en medio de continuas luchas que pusieron á prueba su fortaleza. La dura lección que había recibido en Narwa había sido provechosa enseñanza para aquel soberano que ni por un instante perdió su valor ni su presencia de ánimo.

En cambio á Carlos XII el brillante triunfo conseguido en su primera batalla contra los rusos afirmóle en la idea que le había inspirado el curso de las anteriores guerras, á saber: que el ataque de aquel adversario basado en el sistema semi-asiático de las grandes y pesadas masas, no era para un antiguo Estado guerrero europeo sino un peligro de segundo orden que con facilidad se podía destruir. En esta creencia, consideró como principal enemigo á Augusto de Polonia, á quien odiaba personalmente como renegado por

haber abjurado del luteranismo y despreciaba como disoluto sibarita, y se prometió lograr para los intereses de Suecia rápidas y decisivas victorias en los mismos campos de batalla en que tantas había conseguido su antecesor Carlos Gustavo. Erále preciso acabar con el desleal sajón que había quebrantado la paz y sentar en el trono polaco á un magnate al servicio de Suecia, con lo cual Polonia quedaría á la disposición de la corona sueca: es decir, que abrigaba las mismas ideas que posteriormente concibió y realizó la política rusa.

La experiencia demostró que Carlos XII se había equivocado respecto de la importancia de sus adversarios: al mas peligroso de estos dejóle en paz durante muchos años permitiéndole con ello levantar sus fuerzas á una altura que nunca pudo imaginar, y aunque obtuvo sobre los otros brillantes triunfos, en realidad estos éxitos fueron causa de su perdición.

No por esto hay que rebajar demasiado la talla de Carlos XII, que, al fin y al cabo, era algo mas que un fantaseador y aventurero sin plan fijo. Su cálculo en el fondo no era falso; pero existía un factor de incalculable potencia que vino á echar por tierra todas sus previsiones: el genio bárbaro y creador de Pedro el Grande. Era imposible que Carlos XII despues de la batalla de Narwa apreciara este factor en todo lo que en realidad significaba; mas del hecho de que este juicio erróneo acerca del gran adversario, que por vez primera desarrollaba entonces todo su genio colosal, fuese causa de su ruina no debe deducirse que el rey sueco careciera de aptitud y prudencia políticas (1).

Carlos XII, rechazando toda tentativa de arreglo, lanzóse á la lucha contra Augusto de Polonia, cuyo destronamiento fué el objetivo que persiguió apasionadamente en los años inmediatos sucesivos.

Mas ya entonces había alcanzado su pleno desarrollo la crisis del Occidente de Europa cuyo centro era la lucha por la herencia del Habsburgo español.

## CAPITULO II

### LA SUCESION AL TRONO DE ESPAÑA Y LA GRAN ALIANZA

La guerra de sucesión española tuvo, con varias alternativas, en conmoción á Europa por espacio de diez años y sus preliminares diplomáticos mantuvieron en movimiento al mundo político durante mas de cuarenta.

Desde los tiempos de Carlos V y Felipe II el punto fundamental de la política europea había sido la existencia de la monarquía hispano-habsburguesa, el poder con que pesaba sobre el viejo y el nuevo mundo y la resistencia que á este poder debiera oponerse; pero desde la paz de los Pirineos (1659) aparecieron cada vez más patentes la decadencia del poderío español y la probabilidad de que se extinguiera muy pronto la dinastía que ocupaba el trono de España (2).

(1) Véanse también las atinadas observaciones que T. de Bernhardt hace sobre Carlos XII en su *Historia de Rusia y de la política europea*, tomo II, pág. 26.

(2) De las muchísimas obras que acerca de la guerra de sucesión española se han escrito sólo citaremos las mas importantes: *Campañas del príncipe Eugenio de Saboya*, publicadas por la sección de historia militar del Archivo imperial de la guerra (Viena, 1876); Arneth: *Vida del feldmariscal conde Guido de Starhemberg* (Viena, 1853); Arneth: *El príncipe Eugenio de Saboya* (Viena, 1858); Hoefler: *Disertaciones para la Historia de Austria en tiempo de los emperadores Leopoldo I, José I y Carlos VI* (Archivo para la historia de Austria, tomo XLIV); Onno Klopp: *Caida de la casa Stuart*; Noorden: *Historia europea en el siglo XVIII*, tomos I á III (Dusseldorf, 1870); Gaedeke: *La política de Austria en la guerra de sucesión española*, tomos I y II (Leipzig, 1877); Roeder de

A los ojos de los príncipes y hombres de Estado europeos presentábase una cuestión de sucesión á un trono que por su magnitud dejaba muy atrás á todas cuantas hasta entonces el mundo había presenciado.

En otro tiempo la contienda por la herencia de la casa de Borgoña había sido causa de sangrientas luchas, pero á la sazón se trataba de la sucesión al trono de una monarquía en cuyos dominios nunca se ponía el sol.

En distintos pasajes de nuestra narración hemos tenido que hablar incidentalmente de la influencia que el acontecimiento cada vez más próximo de la muerte sin sucesión de Carlos II de España había de ejercer sobre el curso de la política europea en general y de la alemana en particular. Examinada la cuestión de cerca, ofrécese á nuestra consideración un vasto conjunto de intrigas diplomáticas de un carácter infinitamente complicado. En el presente libro no ahondaremos en los pormenores de esta cuestión que nos obligarían á traspasar los límites á nuestra tarea señalados; bastará á nuestro objeto que señalemos los hechos principales de aquella lucha acaecidos en sus últimos años.

El problema de la sucesión española podía tener tres soluciones (1).

Una de ellas era que la monarquía española pasara íntegra á uno ú otro de los dos principales pretendientes, es decir á la rama germánica de la casa de los Habsburgos ó á la casa de Borbon en la persona de Luis XIV y de sus descendientes. Las pretensiones de Austria se fundaban, además de la

Diersburg: *Escritos militares y políticos del margrave Luis Guillermo de Baden acerca de la guerra de sucesión española* (Karlsruhe, 1850); Heigel: *Fuentes y disertaciones para la historia moderna de Baviera*, tomos I y II (Munich, 1884-1890); Ennen: *La guerra de sucesión española y el elector José Clemente de Colonia* (1851); Hippeau: *Advenimiento de los Borbones al trono de España* (París, 1875); Legrelle: *La diplomacia francesa y la sucesión de España*, tomo I (París, 1888); de entre las memorias francesas, especialmente las del marqués de Torcy (París, 1839) y las del mariscal Villars (nueva edición de Vogüé); entre las obras inglesas mencionaremos las *Cartas de Guillermo III y Luis XIV*, de Grimblot, tomos I y II (Londres, 1848); *Memorias de Juan duque de Marlborough* (Londres, 1847), y la edición de las *Cartas de M. s.*, hecha por Murray. Otras muchas obras hemos consultado que citaremos en su lugar correspondiente.

(2) Para que nuestros lectores puedan orientarse en punto á relaciones genealógicas, trazamos el siguiente cuadro:

